

EL ESPEJO DE TINTA •

DIEGO J. COLÁS
(Zaragoza, 1976)
Ingeniero industrial



Su formación es científica pero siempre ha tenido querencia por la lectura, lo que, al tiempo, le llevó a escribir de manera intermitente. En 2000 resultó premiado en el concurso "Buñuel y las miradas de 2000" organizado por la Universidad de Zaragoza. En 2009, 2014, 2015, 2016, 2017 y 2018 quedó finalista en el certamen Miguel Artigas que convoca el Ayuntamiento de Monreal del Campo en colaboración con el Centro de Estudios del Jiloca. De padre turolense, mantiene fuertes vínculos con las tierras del Jiloca.

Luego te quejas de mis exabruptos, no sé si lo haces porque te preocupa mi salud o porque te avergüenza que tu madre parezca una chiflada a los ojos de todos, pero con esas manías tuyas, qué otra salida me queda si no es una pataleta por su sitio de vez en cuando. ¡Claro, ahora quieres que continúe, cuando ya me has hecho enfadar! Te lo he dicho antes, me cuesta encontrar las palabras y estas dobleces tuyas no ayudan. Sí, ahora hazte el ofendido, levántate y acércate al ventanal y contempla cómo el cierzo sacude los pinos y los chopos del parque y castígame con tu silencio. Cualquier cosa antes que respetar a tu pobre madre y la memoria de tu pobre padre que, menos mal, no puede ver en lo que te has convertido, tan digno y tan altivo, tan arrogante. Imagino que también desaprobarás las caricias de la pareja parapetada tras ese seto, esa será la única intimidad a la que podrán aspirar tan jóvenes como parecen ser, no es mucha pero, por lo menos, están apartados de las miradas indiscretas de los dueños de los perros y de los transeúntes y, sobre todo, de los biempensantes como tú. Apuesto a que él ya tiene sus manos bajo la camiseta de ella, que ya ha desabrochado los corchetes de su sujetador y que aprovecha para explorar lo recóndito de sus pechos, ahora que la tiene distraída en el aparatoso sacudirse de su lengua adentro de su boca. Te hubiera venido bastante bien a ti más de eso y un poco menos de libros y de estudio. Pero claro, ¡también lo desaprobarás!

No lo vimos venir, aun con todos los avisos y ni siquiera tu padre, que tenía la virtud de ver donde los demás no veíamos. Regresaba de segar o de encerrar las ovejas, exhausto y a rebosar de polvo, superaba el umbral de la puerta y lo primero que hacía, sin perder un instante, era acercar su oído a mi vientre. Lo dejaba reposar unos segundos, como deseando apropiarse de la curvatura que tu crecer impetuoso le imponía a mi cuerpo y, tras chasquear la lengua en signo claro de disconformidad, aseguraba que el bebé no sonaba como debía sonar.

Casé mayor, ya lo sabes, ya no lo esperaba. Mi prolongado y formalísimo primer noviazgo concluyó de manera abrupta cuando mi novio decidió motu proprio finiquitar nuestra relación pocas semanas antes de pasar por la vicaría. El novio era un primo, lejano, pero primo al fin y al cabo. Ya ves, qué alegría. Accedí a verme con él por desidia, luego le cogí cariño. Me despachó con todos los invitados sobre aviso y con todos los elementos del enlace y del banquete ya acordados con ellos, con el párroco y con el propietario del restaurante donde íbamos a comer tras la ceremonia.

Según sostuvo, el motivo úni-

co de la dramática decisión había sido desenamorarse. Ni en eso se esforzó; menuda obviedad. ¿No es así siempre? Mis sentimientos han cambiado, fue lo que me dijo con gravedad fingida. ¿Tanto? Inquirí, medio asustada. Lo necesario como para no atreverme a dar el paso, dijo él y terminó de asustarme. Lo cierto es que aspiraba a tener a su entera disposición a una esposa sumisa y obediente a la caja de costura, a los dedales y a los hilos y a las agujas. A los pucheros, a la colada y a la fregona. Y mi no saber estar me quieta, le acobardaba hasta lo indecible. Pánico escénico; a días del estreno, se bajó del bote.

En mi fuero interno, incluso en los primeros segundos de zozobra, sabía que aquella ruptura era lo mejor que habría podido suceder. Aun a pesar de verme demasiado mayor para iniciar, otra vez, toda la burocracia que acompaña al inicio de un nuevo noviazgo. Aun a pesar de provocarme una absoluta desgana tener que volver a pasar por las miradas cómplices, los coqueteos no demasiado evidentes y todo lo demás. Porque yo sentía, al fin y al cabo, que el último tren había partido con aquella decisión en la que no había tenido que ver; toda aquella pereza se trataba, simple y llanamente, de eso. No

me malinterpretes, quedé destrozada; era el vidrio de un escape rate hecho añicos por la piedra que no ve venir, diseminado por la acera y del que todos los peatones, desinhibidos, acabarán llevándose una esquirla en las suelas de sus zapatos. Qué conflictos protagonizan la cabeza y el corazón, ¿verdad? No sé si me escuchas. ¿Me escuchas? ¿Me estabas escuchando?

Me dices que sí, pero no estoy segura. ¡Si ni siquiera me miras! A lo que me aferré con todas las escasas fuerzas que reuní, a lo que no estuve bajo ningún concepto dispuesta a renunciar, fue a mi vocación docente, pues había

Listen to me and listen to me good (III)



ÁNGEL MALLÉN VÁZQUEZ. Nacido en Zaragoza, es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT), en cuyas actividades participa de manera activa. Ha ganado diversos premios fotográficos, entre ellos el I Torneo Fotográfico 'Teruel Ciudad del Amor' en el año 2014.

sido la piedra angular de mi vida y hasta ahí podíamos llegar. Una vacante en Santa Lucía, localidad natal de tu padre, me permitió matar dos pájaros de un tiro. Proseguí con mi magisterio y tuve la oportunidad de sobrellevar mi dolor en soledad, lejos del entorno en que había sido bruñido, alejada de las miradas condescendientes y las palabras compasivas, de todo aquel que tenía una vaga noción de lo ocurrido, palabras que me hacían sentir todavía más insignificante de lo que me sentía yo sola, por mí misma y sin ayuda. Me veía de la estatura de un grano de arena, como polvo incluso, a merced de cualquier corriente mal intencionada. Y sentía que por muy endeble que fuese, esa brisa malintencionada habría de separarme de quien siempre había sido y de quien, siempre, había anhelado ser, y me aterraba la idea de terminar convirtiéndome en una persona totalmente distinta e inapetente y sabía que debía hacer algo, lo que fuera, al respecto. Porque eso era lo que me causaba más pavor, saberme vacua y sin ilusiones. Por eso cogí el petate y me fui, aunque a cambio hubiese de soportar los cuchicheos y las voces a destiempo de mis nuevos vecinos. Un peaje razonable, después de todo. No hacía falta, de todos modos, ser una lumbrera para suponer la naturaleza y el tamaño del fardo con el que yo había aterrizado en el lugar.

Es sorprendente cómo la vida se afana en ponerlo todo patas arriba cuando no lo esperas ni es de tu agrado. Mis primeros tres meses en el lugar fueron de dedicación absoluta a los alumnos a mi cargo; los tenía de edades muy diferentes y de muy variadas capacidades y, como guinda de pastel, esas edades tuyas no se correspondían con su destreza intelectual ni con su presunto nivel académico. Tenía una comprometida sopa de letras por armonizar y la única manera de conseguirlo era invirtiendo en la tarea, incluso, un tiempo del que no disponía.

Relatos de verano

El relato que se publica en fragmentos fue seleccionado en el certamen literario Miguel Artigas de Monreal del Campo en 2017 y 2018. Las imágenes que lo ilustran han sido realizadas por miembros de la Sociedad Fotográfica Turolense.